

Ethel Krauze

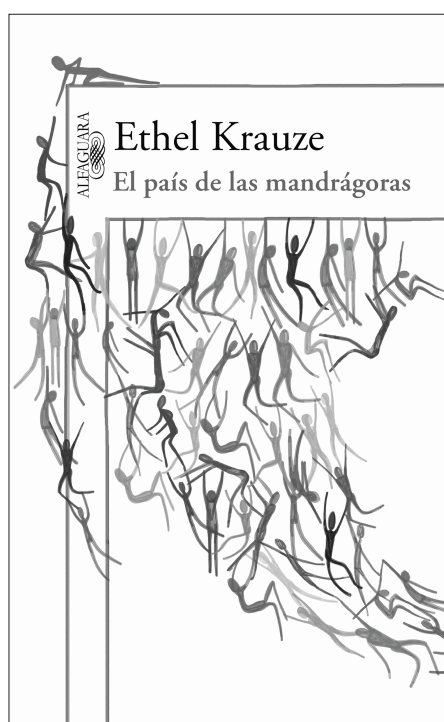
Las palabras del duelo

Kyra Galván

Tengo mi ejemplar de *El país de las mandrágoras*, dedicado por la autora y que dice al calce: ¡aventuradas que somos! Es muy cierto; de algún modo u otro, desde que Ethel y yo nos conocimos en la temprana juventud, nos caracterizamos por ser aventuradas. Lo hemos sido de diversas maneras, pero es evidente que Ethel siempre ha estado interesada en formar parte de la vanguardia artística. Es parte de su forma de vida el estudiar, analizar y sopesar los experimentos literarios creativos de autores de diversas épocas y culturas. Por lo que no me extraña que en este libro convivan, se mezclen y se recreen varios estilos narrativos que desde el punto de vista literario le dan al libro una originalidad tremenda y, a la vez, lo hacen depositario de una larga tradición experimental que se ha dado en la narrativa occidental. Esta novela de reciente edición tiene, a mi modo de ver, tres contribuciones importantísimas que vale la pena ir desglosando.

Krauze comienza narrando la historia de la proliferación de las mandrágoras, que es un simbolismo de la violencia que vive el país, a través de su protagonista, la maestra de español Cayetana, y de las voces de todos los demás personajes de la novela que se van acumulando a partir de recursos narrativos como *e-mails*, tuits, recuerdos, voces en *off* y otros. Así, la protagonista se las arregla para ir contando su historia de una manera cohesiva hasta que, al final, resulta ensordecedora.

Entre sus influencias literarias podemos citar la obra de Virginia Woolf, *Al faro*, en la que el método de fluir de la conciencia permeó toda la obra haciendo que el narrador se volviera prácticamente inexistente y la historia se fuera contando casi a través de los *pensamientos* de los personajes, lo que en cierto modo sucede también



en *El país de las mandrágoras*, aunque aquí el narrador principal deja de tener protagonismo y una polifonía acaba contando el drama. Podríamos decir también que, aunque no tan evidentes, hay influencias de otros narradores experimentales, como es el caso de Fernando del Paso en *Palínuro de México*, que explora el espíritu revolucionario del México del 68 a través de un barroquismo lingüístico, o un paralelismo con *Juan sin Tierra* de Juan Goytisolo, pues hay en la novela una búsqueda de identidad nacional con cierta postura de protesta política, en un todo en que las ideas interiores son narradas en forma poética, metafórica y a la vez salpicada de coloquialismos. Por lo que la primera contribución de esta novela es su evidente calidad literaria y su búsqueda narrativa.

De una manera paralela, puedo decir que la novela de Ethel Krauze es también una respuesta de rebeldía, es un grito de

protesta social contra un régimen que ha perdido toda credibilidad y un lamento hacia un país que ya no es gobernado por el régimen de derecha sino por las reglas del mercado del narcotráfico y el crimen organizado.

Como lo estableció el crítico Santiago Rodríguez al analizar la obra de Goytisolo, la cual mostró una evidente insubordinación hacia el régimen español de la época en que fue escrito, “en los grandes escritores, *lo social y lo literario se imbrican*, pues la experimentación narrativa y lingüística no es sólo literaria sino que de la vida sale el hilo de la ficción, al principio en forma de reflexión teórica, sociológica y literaria, para transformarse en ficción”.¹

De aquí se desprende que el segundo mérito de la novela es *su contenido social y político de protesta*. La autora misma mencionó en entrevistas anteriores que el hecho inicial que inspiró su obra fue el asesinato del hijo del poeta Javier Sicilia hace algunos años, pero es evidente que el proceso a través del cual el país se ha ido hundiendo en una violencia extrema y generalizada, en el caos y en la deslegitimación del Estado, tiene ya más de una década. Y en este lapso se han sumado —desafortunadamente— incontables muertos.

En 2007, cuando asesinaron a un periodista amigo mío en Acapulco, ya se hablaba mucho de la llamada *colombianización* de México, y aún no teníamos idea de lo que se venía encima. Horror tras horror. Y Ethel Krauze se atrevió a hablar de *eso*. No de los movimientos de los cárteles o de la vida de los capos o de sus amantes o de las riquezas absurdas que acu-

¹ Santiago Rodríguez, “Juan Goytisolo: exiliado y refugiado de la lengua” en *Cuadernos del Minotauro*, número 2, 2005, p. 83. La cursiva es mía.

mulan o de las emocionantes vidas de los subordinados. Se atrevió a hablar del dolor de la sociedad, de la sorpresa que nos abre los ojos al límite, de la impotencia de las víctimas, del sufrimiento inconcebible de sus familias y de todos los mexicanos honestos y trabajadores que somos espectadores impotentes y aterrorizados. Y la autora dice con sus palabras colgadas del corazón de la poesía:

“Sólo yo conozco el corazón cristalino que brota por debajo del barranco, a la orilla de las jacarandas. Allí voy a beberme las lágrimas de todos los que han perdido a sus hijos. No sé por qué Dios me dio esta tarea. Sólo soy una simple profesora de español. Si alguna vez soñé escribir una novela no era ésta...”.

Ethel no sólo nos habla del dolor y la rabia que va creciendo en todos nosotros sino de otra cosa muy grave: la fragmentación de la consciencia. De la desmembración de las víctimas pero también de los deudos; de la deshumanización de todos nosotros, que creemos que podemos vivir inmersos en este horror, en esta realidad dantesca plagada de muertos, de muer-

tos que se acumulan día tras día al holocausto de la violencia y la intolerancia: periodistas, mujeres, maestros. Pero también es cierto que todos nosotros, como espectadores, vamos muriendo pedazo a pedazo, desensibilizándonos, convirtiéndonos en muertos vivos.

El libro va prefigurando horrores que aún no sucedían cuando fue escrito, pero que ahora forman parte de nuestra realidad kafkiana, como la matanza de Ayotzinapa o la fosa de Tetelcingo, la cual es una oquedad infinita, sin fondo moral y sin posible concepción mental. Es difícil de leer porque nos enfrenta a una realidad que no podemos negar que vivimos día a día. Y de ahí viene su tercera y más importante aportación.

Creo que Ethel Krauze ha contribuido a las letras mexicanas instaurando *un nuevo subgénero literario*: el del *duelo social*. No el duelo como “combate o pelea entre dos, a consecuencia de un reto o desafío”, sino como “dolor, aflicción o sentimiento. Como demostraciones que se hacen para manifestar el sentimiento que se tiene por la muerte de alguien. O reunión de parien-

tes, amigos o invitados que asisten a la casa mortuoria, a la conducción del cadáver al cementerio, o a los funerales”, según las definiciones que aporta el diccionario de la Real Academia Española.

A diferencia, como decíamos con anterioridad, del género llamado “del narco” o la narcoliteratura, donde encontramos algunos destacados escritores mexicanos como Élmér Mendoza, Luis Humberto Crosthwaite, Víctor Hugo Rascón Banda y otros, la novelista Krauze nos ha abierto generosamente un nuevo género literario: *el del duelo, la pérdida y el dolor*.

Aquí podremos explayarnos, gritar nuestro desamparo, nuestra protesta como país, como mexicanos masacrados por la ignorancia, la ambición, la corrupción y una interminable violencia sin sentido. Gracias, Ethel, por poner el dedo en la llaga, por despertarnos, por escribir ese libro tremendo e incómodo, pero necesario. Gracias por darnos un nuevo espacio para expresar el sufrimiento. **U**

Ethel Krauze, *El país de las mandrágoras*, Alfaguara, México, 2016, 200 pp.



Ethel Krauze